

haber oído hablar de eso a mis parientes: y tú ¿no sabes de lo que yo soy?

Phis... ya lo creo, de cobre mezclado con otras substancias, que en resumen no equivalen a nada.

—No equivaldré a nada, pero a mi amo le he hecho el mismo servicio que tú al tuyo.

Todavía querrás igualar el gusto delicado y fino que tienen los lules que ha comprado mi amo, con los que ha comprado el tuyo, que no son más que pintura mezclada con algo de azúcar.

—Pues yo no encuentro tanta diferencia; lo mismo de satisfecho se ha ido mi amo que el tuyo.

Pues ya que igualas eso, no querrás igualar nuestro porvenir; pues yo iré regularmente a formar parte de las joyas de la confitera, mientras tú... ¡para limosna de un pobre lleno de miseria, y que inspira repugnancia!

—Y quién sabe si la limosna que se le dé a un pobre, servirá para comprar un panecillo que pueda amansar momentáneamente la víbora devoradora del hambre. Mientras tú ¡para fausto y tontería que por desgracia abunda bastante en el mundo!

Este diálogo fué interrumpido, en el crítico momento en que el confitero, hombre vicioso, abría el cajón para cojer la onza de oro y marcharse al casino, donde no solamente perdió la orgullosa onza, sino todo cuanto poseía. Mientras que la moneda de cinco céntimos, sirvió para una buena obra de caridad, que la mujer del confitero realizó con una niña que se acercó a la puerta de la confitería a implorar una limosna.

¡Qué distinto porvenir!

T. S. M.

## TORMENTA

«Llor, Océano Inútil, a ti llegamos impulsados por el viento del Oeste; llor a ti, teatro de las quiméricas mil y una noches; llor, en fin, a ti que has sido gloria de intrépidos y atrevidos navegantes.

Nuestro viaje toca a su fin. La crespita luminosa del astro rey se extingue poco a poco, dando paso al crepúsculo vespertino. El mar está en absoluta calma; diríase que está en el más mágico sopor; una brisa agradable embriaga y alegra los rostros de los tripulantes de «La Victoria»—que es el nombre del barco de

nuestro relato—; y, por último, los trinos de algunos pájaros, que en aquel momento pasaban por lo alto del «Victoria», hacían a los viajeros levantar sus ojos al cielo, dándoles ocasión de contemplar la azulina bóveda que les cubría.

Allá a lo lejos, aparecía un punto negro, imperceptible para muchos, sólo perceptible y augurio de desgracias para los marinos. Sigue el barco su vertiginosa carrera; unas millas más, y siguiendo esta ruta verá el lector la exquisita, la admirable obra que la naturaleza ha puesto allí tan exquisita, tan admirablemente, que se asemeja a la imaginaria isla de Janja.

Surge a nuestra vista, agrandándose por instantes, la tierra de los misterios, de los innumerables y más activos venenos, de las más bellas pagodas con sus fantásticos creyentes, la tierra que aun existe y existirá hasta la consumación de los siglos, la idolatría, germen y origen de todas sus religiones, la de los bosques vírgenes con sus grandes fieras; en una palabra: la tierra del oro, la India.

Los pasajeros contemplaban con gran arrobamiento de sus almas aquella enorme masa que aparecía ante su vista. Dos jóvenes de porte distinguido charlaban amistosamente en la popa del buque; mas uno de ellos, fijos sus ojos en el punto negro, comenzaba a inquietarse su semblante por momentos, haciendo poco caso de la conversación de su amigo.

La noche cubría ya con su manto el espacio, el aire arreciaba hasta convertirse en grueso vendaval, cuando sonó la voz del capitán con aire imperativo, dando orden de que amainaran todas las velas, pues la tormenta estaba próxima a estallar; con tales palabras, dió a la escuadra aires de incertidumbres tales, que nuevamente tuvo que ordenar que

se retiraran a sus camarotes; mas no tuvo tiempo de terminar la orden: un grito de terror resonó en el espacio; el gaviero que estaba en la copa del trinquete, cayó al agua, y el palo, tronchado a raíz por el viento, cayó sobre el puente de mando, dejando exánime al capitán. En la tripulación sonó el grito de «¡sálvese quien pueda!», pero entonces sucedió una cosa extraordinaria: la voz, poco antes argentina y lánguida, de uno de los aristocráticos pasajeros, vibró enérgica en el entrepuente, para decir: «¡Cobardes, cada uno a su puesto!» Y los marinos, quizá fascinados por aquel personaje a quien no conocían, pero que tan diestramente dictaba órdenes y que en breve espacio supo enderezar el barco con la agilidad de un consumado marino, todos sin titubear obedecieron.

—¡Virar a varlovento, que el aire nos tumba!—gritó la voz sonora del que por entonces ocupaba el bando del barco, pero ya era tarde: una de esas temibles trombas marinas, había arrullado el barco y le hacía dar vueltas con vertiginosa rapidez sepultándolo poco a poco.

Gritos desgarradores, confusión; la sonora voz del jefe esforzándose en vano por salvar al barco y los pasajeros; de pronto, nada; cesaron los llores, los lamentos; no se oía ya mas que el estentóreo rugir del inmenso Océano, que se había llevado a su seno el barco y sus pasajeros; nadie sabía la sepultura de aquellos infelices: un misterio más en los misterios del Océano.

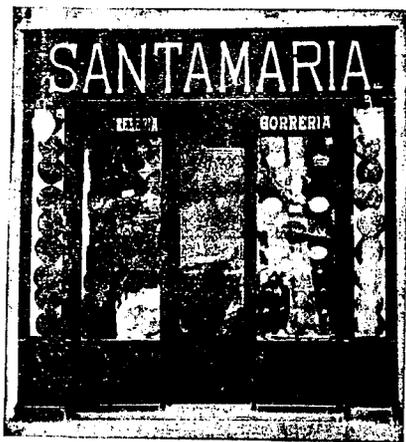
ANDRÉS VILA MARTÍNEZ.

IMPRENTA

“EL DIA DE CUENCA,”

Calle de Colón, 12.

Se hacen toda clase de trabajos.



ESTA ES LA MEJOR

SOMBRERERÍA  
Y GORRERÍA

vende a precios baratísimos. Presenta las últimas novedades y lo mejor que se fabrica.

Ojo con equivocarse

MARIANO CATALINA, 22  
CUENCA